CUENTOS PARA EL MARTES A LAS OCHO



aMELIA pÉREZ de vILLAR
gABRIEL sILVEIRA
mERCEDES sAN jOSÉ
sANTIAGO cASANOVA
sOLEDAD gARCÍA pARAJUÁ
uLPIANO rUIZ-rIVAS hERNANDO

2ª Edición

CUENTOS PARA EL MARTES A LAS 8

SEGUNDA EDICIÓN

CUENTOS PARA EL MARTES A LAS 8

SEGUNDA EDICIÓN

Amelia Pérez de Villar
Gabriel Silveira
Mercedes San José
Santiago Casanova
Soledad García Parajuá
Ulpiano Ruiz-Rivas Hernando

Vision Libros

Amelia Pérez De Villar
Gabriel Silveira
Mercedes San José
Santiago Casanova
Soledad García Parajuá
Ulpiano Ruiz-Rivas Hernando
© Cuentos Para El Martes A Las Ocho. Segunda Edición
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN:978-84-9008-947-7

Diseño base cubierta: Gabriel Silveira

Maquetación: NoeliaCarretero

Distribuye y produce:
Distribución de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local.
28029 Madrid.

Pedidos a. pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

PRÓLOGO

El cuento es un género esquivo y difícil, que requiere de sus cultores entereza y obstinación. A diferencia de la novela, el cuento no admite imperfecciones ni desmayos, de allí su contención y potencia, el brío de sus siempre escasas páginas: en algunos casos se trata de ligeras pinceladas que dejan al lector con la sensación de que apenas ha podido atisbar un universo complejo que se le hurta una y otra vez; en otros, la contundencia o la revelación exacta de un hecho singular; en todos, la certeza de que aquella historia no se podía haber contado de ninguna otra manera. Quizá sea esa la principal característica de un cuento: que sólo aspira a la excelencia, y por lo tanto a la absoluta complicidad del lector que, durante el tiempo que tarda en su lectura, no tiene más opción ni deseo que terminarlo. Las novelas, por el contrario, están constituidas de remontadas y descansos, de pausas y pequeños desvíos que poco a poco van levantando un edificio de belleza imperfecta. Nada que ver con el cuento, claro, donde el oficio resulta imprescindible.

Los cuentos reunidos en este volumen responden precisamente a ese planteamiento: son fruto de años de esfuerzo en que los escritores participantes han trabajado cada uno de los textos que nos ofrecen con minucia y disciplina. De allí también el título del volumen que el lector tiene entre las manos,

pues durante mucho tiempo, el pequeño grupo de escritores que ofrecen aquí sus relatos, se reunieron todos los martes de ocho a diez para leer y comentar, para proponer y corregir muchos ejercicios literarios que abordaban infinidad de temas relacionados con el oficio: la caracterización de personajes, la estructura del cuento, los recursos del escritor… y por supuesto, para traer de tanto en tanto aquellos cuentos que iban surgiendo durante aquel tiempo. Así, observarán los lectores que cada uno de ellos propone una temática diversa y un estilo, una manera de abordar las historias muy personal y distinta.

No hay pues, a simple vista, nada que vincule a estos cuentos entre sí porque no responden a otra pauta que a su propia razón de ser, a la motivación de cada uno de los escritores que participan en el libro para abordar tal o cual tema; no obstante, en todos ellos se puede observar, como al trasluz, la nervadura de un riguroso trabajo de reflexión y corrección. Sé de lo que hablo pues me ha tocado ser testigo de ese rigor y de esa exigencia durante todo el tiempo en que se han gestado estas ficciones. Y eso es precisamente lo que le da al volumen en conjunto y a cada cuento en particular, su condición de madurez, de cuentos redondos y acabados. Que los disfruten.

Jorge Eduardo Benavides
Madrid, abril de 2009

AMELIA PÉREZ DE VILLAR

AMELIA ***nació en Madrid, donde reside. Traductora de profesión, tiene publicados algunos relatos en antologías de varios autores, algunos de ellos finalistas o ganadores en concursos de ámbito nacional (Finalista del concurso "Los nuestros son todos", de la Fundación de Derechos Civiles, en 2005 y Tercer Premio de la Asociación Canal Literatura en 2007. Colabora habitualmente en prensa digital, en las secciones de literatura y música. Ha traducido al castellano el libro de Alex Kapranos (líder de la banda Franz Ferdinand), Sound Bites.***

SERENATA A LA LUZ DE LA LUNA

Las cartas, como a cualquiera que no reciba muchas, le ponían nervioso. Le sacaba de quicio ver llegar aquellas palomas mensajeras inertes, con sus manchones de tinta que le acusaban siempre a él, en manos de algún funcionario de Correos, con una expresión estúpida en la cara que parecía decir "lo sé todo, aunque tú creas lo contrario". En Villa Regina nunca se recibían cartas. Las noticias de su infancia llegaron siempre a través de los criados del emisor, de los chupatintas del banco o de los juzgados, o a través del teléfono. Tampoco a mamá le gustaban. Cuánto se parecía a ella, en el fondo. Valeria era otra cosa, Dios sabe a quién se parecía; pero él, ahora, era igual que mamá. De niño había sido diferente. Le gustaba hablar y hablaba hasta quedarse solo, pero lo que pasó le convirtió en un adulto taciturno, encerrado en sí mismo, en su cuarto, en su historia, como mamá en Villa Regina. La idea de volver a la antigua casa familiar le hacía bien poca gracia. Su primer recuerdo de allí era la llegada de Nani, al poco tiempo de nacer Valeria. Entonces fue cuando empezó a oír hablar de normas a todas horas. "No le mime, acaba de nacer su hermana y está celoso", oyó que decía mamá a la mujer. Parecía simpática, pero la autoridad que ejercía su madre —que cuando hablaba con el servicio era mucho menos dulce que cuando se dirigía a él—, y la situación ventajosa de que gozaba al estar en su propiedad, obligaban a la recién llegada a conducirse con prudencia, utilizando monosíla-

bos o, tan sólo, gestos y muecas de aceptación. "Se baña a las siete y media, cena a las ocho, se acuesta a las ocho y media. Por ahora tiene una institutriz que viene a casa a darle lecciones, luego ya veremos. Empieza a las nueve y media. Se levanta a las ocho, se viste y desayuna vestido en la cocina. Nada de desayunar en pijama. Nadie anda en pijama por la planta baja. Que utilice siempre la escalera de atrás… ¡Ah! Y tampoco lo quiero asomado al rellano. No hay muchas visitas, pero éstas han sido siempre las normas y así van a seguir". Nani anotaba en su mente todas las órdenes. Las normas. El código. Miguel no se acordaba de su padre. No recordaba un padre en la casa. Recordaba a su madre siempre sola, recordaba cómo movía sus manos de nácar, la veía entrevistando, recibiendo y despidiendo a ejércitos de cocineras, doncellas, chóferes, jardineros, mayordomos, lavanderas, planchadoras, mozos de cuadra. Recibiendo y despidiendo a tipos vestidos más o menos igual, que conducían coches más o menos iguales, pero que nunca eran el mismo dos veces seguidas y nunca pasaban del hall. Tardó mucho tiempo en comprenderlo. Con cinco años y criado sin contacto con otros chicos, no le extrañó que su madre, siempre delgada como un junco, engordara hasta deformarse, con los tobillos hinchados, y que un buen día enfermara, se encerrase en su cuarto y el médico saliese de allí con un fardo rosado y le dijera "mira, ésta es tu hermanita". Recordó cuando Nani les contó lo de Valeria a los dos, poco después de la tragedia. La Tragedia, decía siempre Nani. El teléfono de Villa Regina nunca sonó mucho, pero a partir de aquel día no volvió a sonar. Antes de aquello, la doncella solía abrillantar la baquelita con un paño mojado en agua de vinagre y los niños miraban desde el rellano, saltándose las normas, tapándose la nariz con los dedos en forma de pinza. Aprovechaban la nueva vida de mamá, plagada de ausencias ahora que aquel hombre de pelo engominado venía tanto por casa. Cuando llegaba, hacía sonar la bocina del auto, luego la campana de la puerta, como queriendo alertar al mundo de su presencia. Entonces Nani les decía "no se espía desde detrás de la puerta" y les obligaba a sentarse de nuevo a la mesa y cerraba la puerta de la cocina. Al poco tiempo empezaba a sonar *Moon-*

light Serenade en el gramófono, fuerte primero, luego muy quedito. Como él, Valeria tampoco había preguntado nunca por su padre. A veces llegaban cartas en un sobre marrón, dirigidas a la Señorita Valeria Ramírez Roldán, los apellidos de mamá, los de Miguel también. Tampoco aquello les pareció extraño. Nani cogía las cartas, las abría, sacaba lo que fuera aquello que había dentro y anotaba unos números en uno de esos libros como de banquero que guardaba bajo llave en la alacena. La alacena, cerrada con llave. Volver a Villa Regina no le hacía ninguna gracia. Salir de allí fue la primera decisión adulta que tomó en su vida, al morir Nani, que era su conexión con el mundo real. Pero algo de la casona le atraía con fuerza hacia ella, como un gigantesco imán. Llevaba seis horas conduciendo y estaba empezando a llover. La puerta crujió un poco al abrirse. Cruzó el suelo de losetas blancas y negras con paso resuelto y el pensamiento fijo en el desván, lugar prohibido por excelencia después del cuarto de su madre. Valeria no había llegado aún. Miró el reloj y sacó del bolsillo la carta que le había enviado unos días antes. Tenía tiempo. La escalera. El desván. ¿Seguiría estando allí la caja de marquetería que Nani sacó de la habitación de mamá la noche en que murió? Miguel estaba seguro de que allí encontraría la explicación a todas sus preguntas. Pensó en subir, subir allí como fuese; pero a mitad de la escalera comprendió que no. Que, de todos modos, por mucho que subiera tampoco iba a llegar donde quería. Tal vez la única manera de acabar con todo era negar el código. Pero no pasaría del piso de arriba, no alcanzaría ni siquiera el desván. Sus recuerdos le perseguían mientras avanzaba, asiendo el pasamanos de caoba hasta dejar los nudillos blancos. Le parecía ver aún, desde el vestíbulo, las puntas del foulard de seda rosa volando, llevadas por la corriente de la ventana; verlas a escondidas, con ojos de contrabandista, desde un lugar que no le correspondía porque el código le obligaba a dar la vuelta por detrás, sin cruzar el vestíbulo. Dos extremos de un foulard. Dos cabezas. La de mamá, con moño, vista desde atrás. La del hombre, de frente, oculta por la de mamá. Y la barandilla de caoba del rellano prohibido. Comprendió que acaso la única manera de acabar con todo era negar

aquel código… ¿tácito? Desde luego, un código no escrito. Sus recuerdos se mezclaban dentro de su cabeza con otras sensaciones. Formaban una espiral multicolor que giraba en torno a no sabía muy bien qué… ¿A sí mismo? ¿A su madre? No se atrevía a dar otro paso, a subir un peldaño más. Miraba la puerta del dormitorio mientras dejaba que un sudor frío le recorriera la espalda, mientras la espiral multicolor seguía girando dentro de su cerebro adornada con voces, imágenes, colores, música. Oía *Moonlight Serenade* en el cuarto de su madre y la voz de Nani avisándoles para el baño, a él y a Valeria. Ya no les dejaban bañarse juntos porque él iba a tomar la primera comunión, venga, Nani, qué más te da… Antes decías que era menos trabajo bañarnos a los dos juntos, y Nani antes sí, pero vas a tomar la comunión y el Señor no quiere pensamientos impuros. Las normas. El código. El Señor que no quería pensamientos impuros. Miguel que no comprendía cómo puede ser impuro un sentimiento que tiene que ver con el baño. Valeria protestaba también. Le lanzaba una mirada vacía desde los brazos de Nani, que se alejaba con la niña en camisita camino de la bañera, pisando la gruesa alfombra de lana y haciendo crujir el suelo bajo sus pies blancos de mariposa. Pensamientos impuros. Las normas. El código. Valeria. Mamá. Serenata a la luz de la luna. Miguel soñó con su madre bailando *Moonlight Serenade* en la cubierta de un barco. Bailaba con un hombre al que no conseguía ver el rostro. "Comes demasiado en la cena", decía Nani, "y luego tienes pesadillas y sueñas cosas absurdas". El hombre no tenía rostro, como aquel que venía algunas tardes y que él veía desde lo alto de la escalera, que saludaba a su madre besándole la mano. Nani le llamaba para merendar y hacer los deberes. Si preguntaba algo, le cortaba diciendo "tú no has visto nada". No se atrevió ni siquiera a seguir subiendo la escalera hasta llegar al rellano, al rellano desde donde veía el pelo engominado de aquel hombre, su nuca despejada, su traje rayado, de corte perfecto, que llegaba hasta la alfombra ocultando los zapatos. Tú no has visto nada. De esto no se habla. No es asunto de nadie, si alguien os pregunta, respondéis que se metan en sus cosas. La espiral seguía girando en círculos. La escalera subía,

recta, quebrada sólo por un ángulo, para terminar en el piso superior al hilo de un pasillo donde estaban las habitaciones. La habitación de mamá. No entres. No voy a entrar, Nani: se llama antes. No llames tampoco. Los niños oyen, ven y callan. Las normas, el código. No espíes a tu hermana mientras se pone el camisón. No escuches *Moonlight Serenade* tras la puerta. No oigas su risa, no intentes averiguar si está sola o con alguien. En el sueño de Miguel, la madre bailaba con uno de esos hombres de pelo engominado y nuca despejada. Bailaban en la cubierta de un barco. Ni siquiera cuando giraban se le veía la cara, Nani, se tapaba con la de mamá. No me cuentes esas tonterías. Eso te pasa por cenar tanto. Mañana te daré un tazón de cacao y unos bizcochos, sin más. El código dietético que dice lo que hay que cenar para no hacerse pis en la cama, para no tener pesadillas, para no preguntar lo que no se debe preguntar. Mamá llevaba su vestido blanco de gasa cortado al bies con un foulard al cuello. Hacía viento, y el viento ajustaba el foulard más y más a su cuello. Mamá se ahogaba tanto que no podía ni siquiera gritar y el hombre sin rostro le asía las manos mientras bailaban y ella no podía aflojarse el foulard y se ahogaba, se ahogaba, hasta quedar inerte en los brazos de aquel hombre, con la cara de porcelana, igual que las muñecas de Valeria… Calla, Miguel, no digas eso. ¿Y si pasa de verdad, Nani? ¿Y si se ahoga y se muere para siempre? Si se muere de verdad... Si vuelves a decirlo te dejaré encerrado en el desván una noche entera, Miguel. Pero ¿por qué no se puede hablar de morirse? He dicho basta. Era el código. Valeria mordisqueaba un trozo de queso con sus dientes nuevos, sin decir palabra. Era como mamá, pero en pequeñito. Como mamá, tampoco hablaba. A veces mamá se paraba junto a ellos y les acariciaba el pelo y los besaba, con los ojos acristalados por las lágrimas. Entonces subía corriendo aquella escalera donde él estaba ahora y se metía en su cuarto. A veces ponía en el gramófono *Moonlight Serenade*, otras no. Dentro de aquel cuarto cuya puerta no se atrevía ahora a abrir, no se atrevía ni siquiera a alcanzar. Las normas, el código: no escuches en la puerta, no llames siquiera. Aquella noche no durmió bien, como le pasaría hoy, que había vuelto a casa después de tanto tiempo.

Lo recuerda todo, todo, de aquella noche. Era todo igual que en el sueño. Preguntó a Nani si le habían hecho la autopsia y Nani dijo que no preguntara esas cosas. Nani pensó que de dónde sacaría aquel chiquillo ciertas ideas. Los niños oyen, ven y callan. Vete a dormir porque mañana hay que levantarse pronto. Tu traje está planchado y colgado de la puerta del armario. Cuando te hayas vestido, vienes que te coloque la corbata. Nani no lloraba, Valeria tampoco. Fue al cuarto de Valeria para ver qué traje tenía preparado para el día siguiente: entreabrió la puerta sin ser visto, para no violar el código, y se quedó tranquilo: también el atuendo de su hermana era negro. El cuarto de la madre tenía la puerta cerrada. Como ahora. Siguió ahí, en medio de la escalera, asiendo con saña el pasamanos. No sonaba en el gramófono *Moonlight Serenade*.

SI YO TUVIERA EL CORAZÓN

(Gracias a Mariano Mores y Enrique Santos Discépolo, por su tango)

Cuando le dijo que se llamaba Amanda pensó, "no es médico" y luego "qué importa eso". Pero importaba. O tal vez no. Estaba sentada en uno de los taburetes de la cafetería, sin compañía, y Gonzalo se preguntó por qué no había reparado en ella antes. Antes de la piscina, quería decir. Amanda levantó el vaso ofreciéndole de lejos un brindis provocador, un lazo virtual pero con forma de soga, que Gonzalo sintió oprimiéndole la nuez. Deslizó el dedo índice entre su piel enrojecida y el cuello almidonado de la camisa y levantó una mano, devolviendo el saludo a aquella mujer impresionante, de piernas kilométricas y tacones imposibles, ataviada con un sencillo vestido negro. Cuando la alcanzó, Amanda estaba bebiendo un combinado con una cañita de esas que tienen un fuelle para doblarlas, una cañita que sostenía con sus dedos de uñas rojas y sus labios fruncidos, también rojos, en un gesto a medio camino entre niña mimada y mujer perversa.

Gonzalo llevaba tres días encerrado en un hotel de Sitges, asistiendo a un congreso de cardiólogos, y ya empezaba a sentir claustrofobia. Amanda levantó la vista sin soltar la cañita y le

sonrió con los ojos, unos enormes ojos verdes que estampaban su vestido, de arquitectónica sobriedad, de motas, lentejuelas y rayas que sólo eran reales en su iris. Y Gonzalo rebobinó sus pensamientos, se saltó la conversación que acababa de tener, desde el dormitorio, con su mujer y su hija, se saltó la soporífera conferencia de aquella tarde, con mesa redonda incluida, la intervención del eminente cardiólogo octogenario, con la intérprete metida en aquella cabina de cristal que le hizo pensar, como siempre, en las go-gos que bailaban en los clubs, encerradas en una jaula. Apagó el teléfono móvil que empezaba a sonar, el nombre de Sandra parpadeando insistente en la pantalla, tratando quizás de asomarse, a través de la ventana azulada del aparatito, a las idas y venidas de Gonzalo durante aquel breve paréntesis de su vida en común. Dejó de oír el murmullo de la cafetería, las conversaciones nebulosas y la música empastada del piano del rincón, dejó de distinguir las caras, ahora desenfocadas, y las luces desafinadas de los focos y se vio a sí mismo caminando a cámara lenta, como si fuera un héroe de ficción, con una sola imagen en su mente: Amanda tumbada junto a la piscina desierta, con uno de esos bikinis que se ajustan con cordones, de un amarillo ofensivo y de un tamaño absolutamente perturbador.

Se había sentido de lo más ridículo cruzando el jardín precisamente por allí, sólo por ahorrar unos pasos: lo había lamentado apenas empezó a subir las escaleras, un tipo con camisa y chaqueta, inequívoco participante en el congreso de cardiólogos, aplastando la hierba con sus zapatos de cordones, esquivando toallas vacías que componían un collage multicolor en torno a aquel oasis turquesa que parecía llamarle, como ahora Amanda, sentada a la barra y sorbiendo traviesa su combinado de color rubí. A Amanda se le había caído, o ella había hecho rodar, el tapón del bronceador y él se lo acercó. Ella se había incorporado un poco, lo justo para que Gonzalo temiera, o deseara, que aquellos dos triángulos que cubrían apenas sus pechos de forma y tamaño perfectos se deslizaran para dejar ver lo que se